

## I Capítulo 20

### DIOS Y LA LOCURA (II)

En el capítulo anterior intentamos desarrollar algunos conceptos y aspectos importantes del tema que nos sigue ocupando. Una realidad científica, comprobada, es que el núcleo de cualquier trastorno mental es la angustia. Y la esencia del sentimiento de angustia genera el miedo a la muerte. Volviendo al contenido fundamental del libro de Eclesiastés, encontramos que la verdadera razón de que el ser humano no alcance su realización plena, en cualquier actividad que pudiera ocuparse “debajo del sol”, es los límites que le marca su sentimiento de finitud y la vivenciación de que es un ser para la muerte. En Cohelet 3:11, leemos: “Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad (hebreo literal el deseo vehemente por la eternidad; se emplea el término *ôlam* que significa duración indefinida del tiempo) en el corazón de ellos, sin que el hombre alcance a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin”. Si comparamos el deseo vehemente, aquí descrito, con los contenidos que el Señor Jesús dijo que nacían del corazón del hombre y contaminaban su vida (Mr 7: 20-23), llegamos a tomar conciencia que las tendencias epitémicas que intentan emerger desde nuestra esfera inconsciente no son todas negativas. Los contenidos concupiscentes que intentan ascender a nuestro yo consciente, para conseguir su realización desestructurándole, no constituyen los únicos deseos amárticos que pueden esclavizarnos. En el estrato más profundo de nuestro ser, se encuentra reprimido el deseo vehemente por la vivencia del tiempo indefinido. Nuestra finitud da al traste con la realización de tal deseo por la limitación, que le impone, al ser humano el imperio de la muerte. Hablando de la esfera de nuestra intimidad como el alma, y su posibilidad de relacionarse con Dios, decía Dietrich Bonhoefer: “Dios está ahí y más allá de ella”. Este deseo vehemente por la eternidad se ubica y deviene a nivel del inconsciente colectivo de todos los seres humanos. Desde mi punto de vista, tanto

científico como teológico, el ateísmo de miles de millones de seres humanos, se debe a que todos llevamos, en el fondo de nuestro ser, una imagen de Dios reprimida. También este deseo arquetípico ancestral es el contenido inconsciente que se proyecta sobre la realidad tanática de la existencia y crea la infraestructura necesaria para dar lugar al sentimiento religioso, que a su vez, alumbrará dioses a imagen y semejanza del hombre.

En la Revelación novotestamentaria, nos encontramos con un hecho singular. A Jesús de Nazaret, apóstoles y discípulos, amigos y enemigos, le reconocían como Maestro, Señor, Santo de Dios, hijo de Dios, etc.; pero nadie se atrevió ¡jamás! a llamarle Hijo del Hombre; sin embargo éste era el nombre con que él se denominaba a sí mismo. Su identificación con este nombre fue el argumento fundamental que esgrimió el Sanedrín para condenarle a muerte. En su esencia trascendente más prístina no fue reconocido como el Mesías, como Aquel que era Dios con nosotros: Emanuel; no obstante el Nuevo Testamento nos enseña que hubo un grupo de personas que sí conocían y reconocían su verdadera identidad.

La investigación científica de la Biblia y el estudio exegético y hermenéutico más enjundioso de la misma nos ha conducido a una desmitologización, que era necesaria para entender muchos dichos y hechos que la misma narra.

Dentro de las acciones taumatúrgicas de Jesús de Nazaret, nos encontramos con una amplia nosología (clasificación de enfermedades y trastornos) en la que se menciona: dolencias, tormentos (sufrimientos), lunáticos, paráliticos y endemoniados que le trajeron a Jesús; y los sanó (lit-gr= curó: Mat-4:24). Hoy en día, muchos que nos hemos interesado por la cuestión de los endemoniados, estamos convencidos de que se trata mayoritariamente, de enfermos mentales, que es como se denominaba en aquella época a tales pacientes. Los que a lo largo de los dos últimos siglos nos hemos dedicado al estudio de la enfermedades mentales y a su sorprendente, profunda y abigarrada sintomatología, estamos convencidos que, desde el punto de vista etiopatogénico, estos pacientes no están más endemoniados que aquellos que nos consideramos mentalmente sanos. Existe una realidad difícil de contrarrestar y es que las alteraciones psicopatológicas de los enfermos psíquicos son un discurso al

mundo, donde a través de sus vivencias alucinatorias y los contenidos de sus delirios denuncian la injusticia, el desamor, la hipocresía, la esclavitud, y la alienación en que viven inmersos y que ha desestructurado la homeostasis de su corazón. Por consiguiente el Ser Transcendente ha dejado su Imago Dei dentro de cada uno de nosotros, a nivel subliminal, para que “busquemos a Dios, si en alguna manera palpando (término griego que significa topar a tientas), puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros: porque en él vivimos, y nos movemos, y somos”(Hch 17: 27-28). Llegados a este punto tenemos que abordar, aunque no sea exhaustivamente, el tema de la existencia de Dios. El enunciado del capítulo anterior, y el de éste, da por sentado y admitido que la existencia de Dios es una realidad incontrovertible. Como anteriormente decíamos, Dietrich Bonhoeffer, hablando del alma humana decía: “Dios está ahí y mucho más allá de ella”. C.G. Jung, hablaba de “El-sí-mismo” como el arquetipo más antiguo que yace en el fondo más profundo de nuestro ser, como evidencia de la Realidad del Ser Transcendente y Sumo Hacedor de todas las cosas; se llegó a escribir que Jung fue el hombre de ciencia que llegó “casi” a demostrar, científicamente, la existencia de Dios. En su libro “Respuesta a Job”, deja claro su creencia, en el Dios que contiene y abarca toda la realidad. Un discípulo, excepcional de Freud, Viktor Frankl, fundador de los métodos psicoterapéuticos denominados Logoterapia y Psicoterapia Existencial, escribió una obra magistral intitulada “La presencia ignorada de Dios”, donde considera que Dios vive en la interioridad del hombre, aunque éste no se dé cuenta de ello. Cuando la imagen reprimida de Dios asciende al campo de la Conciencia (YO) se produce el fenómeno de la conversión, que cambiará los pensamientos, sentimientos y la manera de vivir (conducta) del ser que la experimenta. Alguien dijo: “Que la felicidad está en el interior y venimos a esta vida a descubrirla”.

Hablando de grandes pensadores, sabios y científicos recordaremos lo que nos aportaron alguno de ellos a tema tan relevante:

**PLATÓN:** llamaba demiurgo a un dios ordenador, más que a un dios creador.

ARISTÓTELES: se refería a Dios como un Motor inmóvil del Universo, principio de todo movimiento sin estar sometido a movimiento alguno.

TOMÁS DE AQUINO (1225-1274), teólogo aristotélico, defiende un conocimiento experiencial de la realidad divina. La existencia de Dios no es cuestionada, se trata de buscarle un sitio: ¿el alma?, ¿la décima esfera que rodea la tierra?, ¿el pensamiento? Consideremos también las cinco vías que, según él, demuestran la existencia de Dios:

Constata que hay cosas que se mueven, y lo que se mueve tiene que ser movido por otro; luego tiene que haber un primer motor, no movido por nadie.

Hay causas, por lo que tiene que haber una causa primera (¿se trata este tema en el libro de Job, cuando Dios habla y pregunta a Job a través de Eliú en los capítulos finales del libro: Job 33:5-9? Siempre ha sido para los creyentes un problema la prosperidad de los impíos, por eso el consejo de Eliú es enséñame tú lo que yo no veo (Job 34:32; 36:26; 37:5, 18, 20-24; 40: 8; 41:11; 42:1-6).

Los seres no tienen el principio de existencia en sí mismos, así que debe de existir un ser que sí lo posea (Dios en hebreo se designa con el sustantivo plural YWHW, que significa: "Yo soy el que soy, yo soy el que tiene existencia por sí mismo". Jesús de Nazaret se identificó plenamente con este nombre.

Se constatan diversos grados de perfección en la naturaleza; pero lo perfecto no puede ser originado por lo imperfecto, sino por un ser más Perfecto (¿combate la teoría de la evolución?)

El comportamiento de los seres tiende a un fin, por lo que debe haber un ser inteligente que los ordene. A este ser que dirige las cosas hacia un fin le llamamos Dios.

SAN AGUSTÍN (354 -430). Influidado por la tradición neoplatónica, a la hora de buscar a Dios se vuelve sobre sí mismo y transita por los caminos de la Interioridad, en un recorrido que va del exterior hacia dentro. Sostiene que en uno mismo, gracias a la Iluminación, será posible descubrir a Dios.

BLAISE PASCAL (1623-1662). Hay tres clases de personas:

Las que sirven a Dios después de haberle encontrado,

Otras que buscan sin haberle encontrado y

Otras que viven sin buscarle, ni haberle encontrado.

Los primeros son sensatos y felices; los últimos locos y desgraciados; y los otros, desgraciados y sensatos. Blaise se convirtió a partir de un accidente que sufrió al caer su carruaje por un puente, cuando despertó creía en Dios. Había sufrido una experiencia mística. Decía: "Hay que apostar por Dios sin duda. ¿Qué ganaremos? La vida eterna. ¿Qué perderemos? Nada en absoluto, nos quedamos con la vida que tenemos.

INMANUEL KANT (1724-1804): "Resulta absolutamente (moralmente) necesario asumir la existencia de Dios (Crítica de la razón práctica). Cuestiones como la existencia de Dios no son demostrables, aprehensibles por los sentidos, sino que están en otro nivel: son postulados de la razón teórica que se ocupa de conocer cómo son las cosas; la razón práctica quiere saber cómo éstas deben ser". Frente al Reino de la naturaleza y del ser, Kant opone el de la moral y el deber ser. En esta dicotomía es donde se cuele la existencia de Dios; una existencia y una realidad que unifica el ser y el deber ser: una entidad donde se unen ser y deber ser en armonía y felicidad perfecta.

Ejemplo: "El hombre es un ser pecador (Razón teórica)", "El hombre debe ser santo" (Razón práctica).

Es necesario también reparar en las observaciones y aportaciones de otros grandes pensadores como Guillermo de Ockham, donde fe y razón van poco a poco delimitando sus territorios y sus caminos parecen cada vez más difíciles de unir. El proceso cristaliza en la época de la Ilustración, el hombre, no Dios vuelve a hacerse medida de todas las cosas. Ética y moral sustituyen a la cuestión divina, y ni siquiera los asuntos religiosos tendrán como protagonista estelar a Dios.

Se sigue debatiendo la cuestión de la existencia o no existencia de Dios, y esta cuestión guarda una relación con el nacimiento del Cosmos. En el último capítulo de estas reflexiones analizaremos, dentro del marco de mis posibilidades, la cuestión de la creación cósmica, lo que hasta el día de hoy ha dicho la Ciencia y lo que al respecto nos revela la Biblia.

Antes de finalizar este capítulo quisiera recordar que en la actualidad, y desde el punto de vista de destacados hombres de ciencia se vuelve a insistir

en que El Universo se creó de La Nada. Pero aparece un interrogante inevitable: ¿Quién creó a La Nada? Aportaremos nuestra postura más adelante. Y, finalmente, quiero traer a consideración el pensamiento y el criterio de Stephen Hawking y Leonard Mlodinou en su libro "El gran diseño", donde dicen: "como hay una ley como la gravedad, el Universo puede y será creado de la Nada. La creación espontánea es la razón por la que haya Algo en lugar de Nada, es la razón por la cual existe el Universo. No es necesario invocar a Dios para encender las ecuaciones y poner el Universo en marcha. Por eso hay Algo en lugar de Nada, por eso existimos".

Todas las consideraciones que anteceden, podrían hacernos pensar que nos estamos alejando del tema "Dios y la Locura", pero no es así. Para el ateo el que afirma que Dios existe está loco, y para el creyente lo está el que niega tal posibilidad. (Continuará).R